

En torno a la casa de Jørn Utzon en Mallorca

Estanislao Pérez Pita

Construir un objeto arquitectónico en el paisaje establece siempre una relación intrigante entre éste y aquello que en él se inserta. El objeto altera, modifica o transforma según sea su identidad - las relaciones espaciales existentes, provocando una percepción diferente del entorno natural, una diferencia, que además de ser percibida sensitivamente por la vista lo es, intelectualmente, por la razón. Esta detecta la existencia de un cuerpo ajeno al medio natural que es ineludiblemente interpretado como un acto artificial del hombre. La fuerza, el valor emblemático del objeto, aparece como signo inequívoco —atávico— de la necesidad del hombre para transformar y controlar la naturaleza. El objeto arquitectónico adquiere así una categoría de símbolo de extraordinaria importancia en la razón última de la creación arquitectónica.

A su vez, en el proceso de elaboración de este objeto artificial-arquitectónico, la realidad del medio natural condiciona (si no determina en algunos casos) la génesis de la forma y su expresión por lo que esta no resulta ajena al medio que la acoge. Una parte de la razón de la forma arquitectónica, por lo tanto, pertenece al paisaje y en aquella él se refleja.

Al final, el espacio natural acaba apropiándose del objeto arquitectónico absorbiendo y haciendo suyo este cuerpo extraño que se le enquista en tanto que éste, causante de la nueva situación, se convierte en protagonista del nuevo orden espacial que se establece.

Esta inevitable relación dialéctica, intrínseca al hecho de construir, entre el objeto arquitectónico y el paisaje, entre el propio edificio y el espacio que lo rodea, es sin duda una de las características de la sensibilidad griega.

Sensibilidad de la que Utzon se empapa para proyectar y construir los pequeños pabellones que conforman el conjunto edificado que es su casa. Conjunto unitario en su imagen que se desliza en el paisaje y corona el acantilado en donde está situado, ampliando su perfil natural y provocando una clarísima evocación a muchos de los templos por los griegos erigidos en situaciones geográficas equivalentes: Egina, Sunion o Crotona, por ejemplo.

Sin embargo, el conjunto apenas es perceptible desde la carretera de acceso; a ella se ofrece la humilde visión de un sobrio y quebrado muro de piedra medio encubierto por unos pinos de pequeño porte como toda referencia a la existencia de la construcción.

Pero Utzon, en su pasión por lo griego va más allá, y de la ordenación de los conjuntos arquitectónicos de este pueblo, santuarios o ágoras, extrae la idea de recinto —recorte del espacio consagrado a algo o a alguien materializado con un muro o simplemente definido por hitos— para dibujar una planta compuesta a base de cinco piezas aisladas situadas en equivalente disposición espacial a las de las edificaciones que componían los mencionados recintos.

Disposición que rechaza toda presentación frontal o axial, donde el descubrimiento de las piezas es progresivo y se hace siguiendo perspectivas oblicuas, y donde, en definitiva se renuncia de forma expresa a cualquier composición simétrica.

Entre los vacíos que producen los cuerpos edificados, intersticios de gran valor en la comprensión del espacio propuesto, se introduce el color, el olor, el aire, y lo que resulta fundamental acierto: el sonido del viento, el mar y las aves que de modo constante envuelve el lugar. Estos crean a su vez unas secuencias cuyos intervalos, casi musicales, articulan entre sí los diferentes espacios: patios abiertos o semiabiertos, porches o locales cerrados, constituyen los diferentes locales de la vivienda.

Todos ellos son volúmenes de aparente simplicidad formal pero que sin embargo son consecuencia de una sofisticada reflexión conceptual: sucesión de geometrías contenidas unas en otras conforman espacios matemático-geométricos de enorme potencia plástica que sin duda tienen sus antecedentes obvios en la stoa de Artemis o el templo de Dreros en Creta.

Finalmente y como referencia más obvia a lo griego, se hace preciso mencionar el muro y la columna. Relación constante y sistemática entre ambos elementos que de modo sorprendentemente sintético van generando la forma y resolviendo su construcción. En muy pocas ocasiones puede verse tanta coherencia en la génesis de la forma arquitectónica y su razón constructiva. Pero profundizar en este aspecto extendería excesivamente este breve comentario.

En suma, bellísima obra de arquitectura llena de sabiduría y sensibilidad, a la vez que inteligente propuesta alternativa al manejo y uso de la historia en el proceso proyectual al que tan superficial como frívolamente estamos, en estos últimos tiempos, habituados a través de las llamadas *arquitecturas referenciadas*.